

RELI- GION

y Bur- guesía

Francisco de P. Contreras, S. I.

EL verano de 1956 apareció en Francia un libro de gran interés sociológico: *Practique Religieuse et Classes Sociales* (1). Era el resultado de cuatro años de contacto del P. EMILE PIN, S. J., con la parroquia de Saint-Pothin en Lyon.

El libro sugiere interesantes lecciones aunque por esta vez tengamos que contentarnos con casi transcribir las conclusiones del estudio sociológico sobre la práctica religiosa en esta parroquia de 17.000 almas.

(1) EMILE PIN, S. J., «*Practique Religieuse et Classes Sociales*», Editions Spes. Paris, 1956.



El P. Pin comienza su análisis con sólo el supuesto de una posible covariación entre la práctica religiosa y algunos datos de los registros civiles y religiosos tomados como variables.

Los ritos de pasaje

Existen gestos religiosos no sujetos a variación. El bautismo y el entierro eclesiástico son solicitados por la totalidad moral de las familias, exceptuadas las pocas pertenecientes a otros credos.

Las familias que reducen sus contactos con la parroquia a estos actos y cuando más a la Primera Comunión y al Matrimonio —los cuatro “ritos de pasaje”— más que pretender una adhesión permanente a la Iglesia hacen una concesión al sentir general o a costumbres tradicionales no desprovistas de algún substrato religioso (2).

Sin embargo, el plazo entre el día del nacimiento y del bautismo, la participación en los gastos del culto y sobre todo el cumplimiento del precepto dominical cambian en función de las variables examinadas.

Variaciones de la práctica dominical

Un hecho familiar

La práctica dominical se nos impone como un hecho familiar. El 70 por ciento de los asistentes a misa el domingo pertenecen a familias en que todos sus miembros practican. Se puede afirmar que son las familias y no los individuos los que van a misa (3). Muy ligado con la práctica unánime de los miembros de la familia está el número de hijos por hogar.

En función de la edad y el sexo

Se ha comprobado una vez más que relativamente las mujeres y los niños cumplen con el precepto dominical más

que los hombres y los adultos. Entre los adultos asisten a misa el 17 por 100 de los hombres y el 26 por 100 de las mujeres. La práctica dominical de los niños alcanza el 60 por 100 el año de la primera comunión, disminuye bruscamente y alcanza entre los adultos un nivel medio de sólo el 22 por ciento de practicantes (4).

Por la situación familiar

La variación de la práctica dominical por el estado o situación familiar sólo parece influir entre las mujeres. Las solteras practican más (el 32 por ciento) que las viudas (el 27 por ciento) y que las casadas (el 23 por ciento) (5).

Por el origen local

También el P. Pin ha señalado en su estudio la inadaptación religiosa de los inmigrantes de zonas rurales. De los feligreses de Saint-Pothin inmigrantes de pequeños pueblos, sólo practican el 13 por ciento de los hombres, mientras que los originarios de otras ciudades practican el 30 por ciento. Este hecho hace sospechar al autor que la práctica religiosa pudiera estar ligada a la cultura y costumbres sociales que al pasar de un ambiente rural a otro urbano ha sido abandonada. Por ello la migración entre grandes ciudades no produce tal fenómeno.

En función de la Clase Social

Las más notables variaciones en el cumplimiento dominical se descubren analizándolas en función del confort de la vivienda, de la profesión y del nivel de instrucción. La práctica dominical de los obreros y de los que sólo han hecho estudios primarios es proporcionalmente seis veces menor que la práctica de los que han hecho el bachillerato o son miembros de profesiones “superiores”.

(2) Nos permitimos subrayar la importancia de aprovechar pastoralmente estos esporádicos contactos de los aún no separados de la Iglesia, mayoría aún en España.

(3) Es un hecho comprobado la utilidad de las nuevas modalidades de apostolado con matrimonios o familias.

(4) ¿Será hora de examinar serenamente el por qué de las preferencias o repugnancias del sexo y la edad hacia «lo religioso» tal como se les ofrece hoy?

(5) Cfr. nota 3.^a

Un detenido análisis de la práctica religiosa en relación con el confort, profesión e instrucción, señala indiscutiblemente que aquélla está ligada a un fenómeno más profundo, causante de los distintos niveles paralelos de participación en la riqueza, en la vida profesional y en el grado de cultura. Este fenómeno no es otro que el conocido por *clase social* (6).

Religiosidad y Burguesía

Con el rigor y la imparcialidad de los estudios sociológicos llegaríamos a la conclusión de que el cumplimiento dominical sería *principalmente* el hecho de la clase burguesa (7). De esa clase social que comprende a los que habiendo alcanzado un *mínimum* económico y cultural, tienen puestos profesionales de primer orden y adoptan un estilo común de vida.

En este caso, la menor práctica religiosa de la baja clase media, y sobre todo de la clase obrera, no se puede atribuir a una actitud negativa frente a la Iglesia o frente a las prácticas religiosas. Será más razonable suponer que su sentimiento o apetencia religiosa, innata al hombre, se halla inadaptada en el "catolicismo urbano", tal como se les muestra.

Sujeto y objeto de la práctica

Así volvemos, como en el caso de los inmigrantes del campo, a caer en la cuenta de que la práctica religiosa (especialmente el cumplimiento dominical) no es sólo función de las variables que puedan afectar al hombre —sujeto de esta práctica—: edad, sexo, origen geográfico, vivienda, cultura etc. También la práctica depende del objeto que

(6) Por brevedad se supone que el lector sabrá combinar sin conflicto los términos libertad humana, gracia y plan de Dios y lo que podríamos llamar «determinismo social».

(7) El término burgués aparece en estas líneas purificado de su acepción peyorativa tan en boga.

no se ofrece a todos siempre y en todos los lugares como una invariable.

El P. Pin, partiendo de esta hipótesis, con una metodología científica indiscutible, ha podido concluir que existe manifiesto paralelismo cultural entre el "catolicismo urbano" y la clase burguesa por su semejante jerarquía de valores y especialmente por el modo común de conocimiento donde la meditación conceptual tiene amplio campo en la interpretación de símbolos sagrados. De aquí la parte de razón del tópico de las distintas mentalidades tan usados en ciertos sectores del apostolado.

Religión de las clases sociales

Cada clase social parece entender a su manera una religión "universal". La actitud de la clase burguesa ofrece una marcada tendencia "escatologista", preocupada primordialmente por arreglar las cuentas personales del "más allá", como prolongación trasmundana del bienestar presente. Por ello su preferencia por la piedad "individual".

Por el contrario, en la clase obrera predomina un modo intuitivo —no conceptual— del conocimiento, prefiriendo seguir al de vida santa antes que al excelente disertante sobre la virtud. Las notas características de la concepción religiosa de la clase obrera —en su mayoría no poseedores de riqueza, confort y cultura— son la eficiencia práctica y la lucha común por la justicia.

A nadie se le oculta que el catolicismo corriente de las grandes parroquias de ciudad tiene más notas de contacto con la concepción religiosa de los primeros. Y la adhesión secular de una clase social a la religión con la impronta cultural que esta adhesión ha podido marcar, puede dificultar el acercamiento a la Iglesia de las clases sociales de concepción religiosa y cultura diferentes.

Es lástima que tantas reflexiones de interés apostólico contenida en el libro del P. Pin se escapen a los que asuste el método científico de una tesis doctoral.